LOS PERSONAJES FEMENINOS EN *JUANITA LA LARGA* (1895)

Marta González Megía

I INTRODUCCIÓN

«El último idilio clásico de la literatura española»[1] tiene el mérito de estar escrito contra corriente por la edad del autor y por las tendencias del momento.

> Lo más sorprendente es que Valera, con sus setenta años encima, diera tan alegremente remate y cumplimiento a la empresa de *Juanita la Larga*, tan fresca y pimpante, por muchos aspectos la mejor de las suyas, aunque en *Pepita Jiménez* sigamos encontrando profundidades a que esta otra novela no alcanza[2].

Valera novela lo real y lo fingido, filtrado por los límites de una concepción distanciada y estetizante –incluso escapista– de la realidad. Siempre consideró un fallo del realismo la condena de la imaginación. Así, sus recuerdos y el paisaje andaluz son un pretexto para formular una entonación lírica, con su acostumbrada erudición, desdoblamiento personal y preocupaciones íntimas, para exponer una anécdota moral de tipo casuístico: «En *Juanita la Larga* el valor artístico se halla en el encanto de la documentación de la vida pueblerina de Andalucía, en vez de en la ficción del amorío entre la heroína y el viejo»[3].

Las fuerzas vivas (el cacique, el cura, doña Inés) son blanco de la ironía de Valera, pero sin crítica social (algo hay en el carácter subversivo de

---

[1] José Fernández Montesinos, *Valera y la ficción libre*, Madrid, Castalia, 1957, p. 157.

[2] *Ibidem*, p. 154.

[3] Robert G. Trimble, *Juan Valera y sus novelas*, Madrid, Pliegos, 1998, p. 136.

Juanita, pero claudicará en sus métodos), en una atmósfera arcádica[4], con deleite sensorial y poca descripción objetiva.

> No hallaréis en las obras de Valera expresada la idea de trascendencia y de lo absoluto. Todo es relativo, todo es fenomenal, todo es mundano en sus concepciones. Con cierto menosprecio aristocrático, desprecia la vida humilde y popular, la virtud media, las alegrías y las tristezas de las personas sencillas. Le cautivan en cambio los trabajos vivos y apasionados que se realizan en los espíritus más altos, le preocupan sus vacilaciones, sus luchas y sus desgracias[5].

Completa el panorama un pueblo unánime para todos los asuntos de la vida; unos habitantes que rayan en la perfección; un cacique distinguido; su mano derecha, un hombre rico, guapo y listo (el que más); su hija, dama principal, casada con el señor más ilustre del lugar; Juana, la mejor repostera, cocinera, modista y partera[6]. Hasta el agua de la fuente es una bendición (pura, abundante, *vinagrera* y *triguera*), pretexto de que los enamorados se encuentren en el *locus amoenus* que Valera precisa: «Valera buscará el carácter español que ambiciona para sus libros de entretenimiento por dos caminos: el de la objetividad más concreta en la pintura de los accidentes de la narración y el de la verosimilitud en los sentimientos, sin pervertirlos con designio apologético»[7].

II PERSONAJE FEMENINO PROTAGONISTA: JUANITA

Es un personaje muy ponderado (y descripción física poco detallada), trazado con una gran idealización que hace inverosímiles algunos rasgos, contradictorios, como en todas las mujeres de Valera, justificados en función

---

[4] Es arcádica en el sentido de la conformidad de todos los habitantes con el sistema establecido.

[5] Armando Palacio Valdés, *Semblanzas literarias*, en *Obras Completas*, V. XVIII, Madrid, Edición Fax, 1947, p. 81.

[6] «Por la forma interna del lenguaje, ningún libro de Valera es más andaluz que *Juanita la Larga*», José Fernández Montesinos, 1957, p. 168.

[7] Manuel Azaña, *Ensayos sobre Valera*, Madrid, Alianza, 1971, p. 208. Y sobre esto dijo Valera: «Yo soy partidario del arte por el arte. Creo de pésimo gusto, impertinente y pedantesco tratar de probar tesis escribiendo cuentos». Palabras de Valera, citadas por Antonio Maura en «Centenario de Juan Valera», *Boletín de la RAE*, año XI, diciembre de 1924, p. 498.

de la trama. Como en las novelas románticas, se dan trazos sueltos de su físico: «su rostro parecía el de un ángel» (XXIV[8]), su tez es trigueña, sólo se pone en el pelo hierbas olorosas al lavarlo y no necesita el fijador de entonces (pepitas de membrillo o zaragatona[9]) para mantener en las sienes «caracoles, sortijas o alcayatas donde colgar corazones» (V); tiene a raya a los pretendientes, es muy ocurrente, con agudos dichos[10], y su andar es gallardo y majestuoso, sin «el liviano, provocativo y sucio movimiento de caderas que suelen tener las chulas»[11].

Buena ama de casa, no por eso tiene las manos estropeadas, sino «lindas y bien torneadas» y cose y borda muy bien. Lee y escribe sin haber ido a la escuela y puede subir de un brinco «sobre el lomo del mulo más resabiado o del potro más cerril» (IV).

Hasta es capaz de derribar, cual karateca experimentada, a un hombre fornido como don Andrés, y llega a tenerlo medio ahogado[12] («harto le pesaba tener que matarle», XLIV), y dispuesto a cumplir las exigencias de Juanita: aprobar la boda y ser el padrino.

En el carácter, Juanita es humilde, pero desenvuelta (véase el primer diálogo entre ella y don Paco); tiene salidas de *manola*, con su poquito *de cal y de arena*, indispensable en el coqueteo, según el concepto del autor; se confiesa insignificante frente a don Paco, se hace agradable a doña Inés me-

---

[8] Los números romanos remiten a los capítulos.

[9] Zaragatona era el remedio para todo que receta el médico de *De tal palo tal astilla*, de Pereda.

[10] Dice Valera de la mujer cordobesa: «Sin adulación servil, aseguro que la cordobesa es discreta, chistosa y aguda. Su despejo natural suple en ella muy a menudo la falta de estudios y conocimientos. Sus pláticas son divertidísimas. Es naturalmente fecunda y espontánea en lo que dice y piensa. Amiga de reír y burlar, embroma a los hombres y les suelta mil pullas afiladas y punzantes, pero jamás se encarniza», Juan Valera, «La cordobesa», *Obras Completas*, XLV, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 210-226.

[11] *Juanita La Larga*, X. Sigue una cita clásica de Diana Cazadora. Con el traje de seda de don Paco, cuyos adornos (así como el peinado) sí describe Valera, parece «la reina de aquella función [...], era marcial, decidido su paso, pero al mismo tiempo majestuoso y modesto» (XVI).

[12] «Juanita es la heroína del siglo XIX que más se acerca a éstas del siglo XX, que inundan las pantallas de televisión y de los cines y que, como agentes secretos pertenecientes a entidades más secretas todavía, andan defendiendo causas ajenas a ésta de la honra femenina del siglo XIX», Matías Montes Huidobro, «Sobre Valera: el estilo», *Revista de Occidente*, 1971, p. 104.

diante la sumisión; es prudente (guardar las apariencias es obligado en los personajes buenos de Valera), inocente (el mejor símbolo de su ingenuidad es la falta de cosméticos en el pelo) y honrada, pues no quiere casarse por cálculo. Después aparece enamorada:

> (A Valera) En la vida psíquica le preocupa, o más bien le deleita sobre todo la experiencia amorosa: insinuación del amor en almas que no lo esperan; apuro del que ama sin saberlo; conquista del objeto amado, rebatiendo estorbos; doctrina del placer erótico, elevado por la generosidad de un corazón femenino al rango de tema primordial en la vida[13].

Esto de no querer casarse resulta inconcebible en una chica tan joven, pobre, en un pueblo pequeño de la Andalucía del siglo XIX. Después, sus acciones posteriores se encaminan a torcer la voluntad de los demás, tanto en su consideración (la restitución de su prestigio), como en su destino (casarse con don Paco). Su personaje se perfila con la yuxtaposición de naturalidad (aparentemente, el verdadero carácter de Juanita, según los rasgos del principio) y fingimiento (sus acciones engañosas).

Al principio se muestra desenvuelta, algo inaudito entonces: de «voluntad indómita» (VI), siempre vence en las charlas con don Paco y con su madre, con fortaleza y sensatez impropias de su edad y circunstancias; luego va cediendo, empieza un proceso de metamorfosis al ser distinguida con la amistad de un hombre superior socialmente a ella, y renuncia a costumbres que le agradan (ya no va a la fuente[14], ya no frecuenta a Antoñuelo), porque conservarlas perjudica su preparación para el escalafón social a que será elevada si los planes de su madre fructifican. Ésta es la primera claudicación de Juanita. Al aceptar la tela de don Paco, transige de nuevo, transfiere otra porción de su voluntad, sin que el regalo de la levita pueda mitigar la repercusión de

---

[13] Manuel Azaña, 1971, p. 213.

[14] Don Paco no quiere que Juanita vaya a la fuente porque pretende disfrutar él solo de su presencia, ya que *desciende* a casarse con ella. Para ilustrar este punto, dice don Andrés: «No quiero yo privar al dueño de su propiedad. Imagínate un jardín, ¿dejará de ser suyo y perderá su lozanía y sus primores porque un forastero de buen gusto y sigiloso entre en él por un momento o de vez en cuando y goce de sus flores, de su verdura y de sus galas?», *Juanita la Larga*, XLI. Es la misma idea del *Roman de la Rose*, que en ambos casos cosifica a la mujer como objeto de deseo siempre a disposición del hombre.

esto. Más tarde, al exhibirse con el vestido y acentuar la diferencia con las demás mujeres, comete el más grave error en una sociedad dominada por las apariencias: compararse con las demás y superarlas en lo externo, pauta de la clase social a que se pertenece. No hay que olvidar la importancia que Valera da al aspecto exterior como definición personal infalible.

En la iglesia no pierde la compostura, sabe que su acción no es moralmente reprobable, pero siente el ultraje, aunque el maestro[15] opine que cada uno puede vestirse como quiera. No siempre el autor usa a sus personajes para expresar sus opiniones (ejemplo: el sermón del cura), pero sí para la polémica. Don Juan se inhibe en este punto o, en todo caso, plantea esta escena al estilo del folletín, donde la buena, guapa y virtuosa tiene un premio final: «¿Cómo defender el escándalo que ha dado esta chica, transformada de repente en princesa, como en los cuentos de hadas?»[16].

> Valera concede a la vida terrenal un valor absoluto, porque respecto a la otra ya sabe a qué atenerse. Un novelista que ama la vida tiene mucho ganado para hacerse simpático. Esa literatura de catafalco cultivada por la literatura romántica nos hace soñar con los difuntos. Presentadnos la vida apetitosa, ¡oh, novelistas!, ya que no tenemos en qué escoger[17].

Entonces, la misma vanidad que la impulsó a competir con las otras la empuja ahora a obligarlas (el método es lo de menos, parece) a restituirle su honor y a esmerarse en el cuidado de su cuerpo sin que lo sepa nadie (en lugar de cuidar el de su espíritu, lo que le han enseñado). Sólo muestra rencor contra doña Inés, la verdadera instigadora. Y clama venganza. Planteado el conflicto, quedan claras las posiciones de ambas contrincantes.

---

[15] Don Pascual es un personaje de escasa presencia en la novela pero muy funcional: sirve de acompañante de Juana en la Feria, para que don Paco pueda atender a Juanita, y de mensajero fiable de don Andrés, informándolo de la aventura de don Paco, ya que a las criadas se las considera chismosas y cotillas.

[16] *Juanita la Larga*, XVIII. Noël Valis sugiere que Valera parodia en esta novela los cuentos de hadas, puesto que Juanita sólo es un princesa para el autor y para don Paco (es de baja cuna e ilegítima), y «si del engaño puede venir la verdad, y ellas crean y manipulan su propia realidad, ¿quién puede estar seguro de una realidad, cualquiera que sea?», Noël Valis, «El uso del engaño en *Juanita la Larga*, de Juan Valera», *Hispanic Review*, XLIX, 1981, p. 323.

[17] Armando Palacio Valdés, 1947, p. 80.

La indocilidad de Juanita halla su cauce en su desquite contra doña Inés, pero el procedimiento (la hipocresía) devalúa la intención y constituye otra claudicación de Juanita. No acepta a don Paco hasta que no se enamora de él (parece que el narrador omnisciente ha informado a Juanita de sus planes); le agrada, pero «de esto a casarme con él hay todavía mucha distancia. No quiero salvarla de un brinco» (XX).

Juanita mezcla la hipocresía hacia doña Inés con la coquetería hacia don Andrés, lo que propicia el triángulo amoroso y aboca al desenlace. La falta de respeto de los hombres (se habría dado igualmente sin coqueteo) induce a Valera al intento de algo más difícil: mezclar el tema amoroso con el planteamiento de la situación social de las Juanas, bastante equívoca, pues no eran menestrales, pero sí más humildes que las labradoras ricas y las hidalgas, por lo que no eran gratas a ningún estamento, aunque les habían perdonado el desliz de que Juanita fuera hija natural, concediéndoles la *gracia* de emplearlas.

A la vez aparece la conciencia de clase de Juanita, cuando reclama respeto «para la hija de una mujer que lava mondongos» (XLII), algo opuesto a la idealización del personaje. Se ha criado sola, sin la atención de su madre y sabe defenderse mejor que las mujeres crecidas entre algodones, pero nadie se ha atrevido a ofenderla, ni la maledicencia ha hecho mella en su decoro. Este respeto arruina el carácter realista que podría tener Juanita, sometida a las consecuencias de sus errores, y la presunta rebeldía que Valera quiere infundirle; rebeldía falsa, pues los métodos que emplea para salir del ostracismo (por su origen) son de una completa sumisión, que contrasta con las soluciones drásticas de otras novelas (las románticas, por ejemplo) y propicia el final feliz. En la reflexión sobre su conducta (hay mucha psicología, con una técnica que mezcla acción exterior, diálogo y pensamiento en una perfecta armonía), en las arduas cuestiones que Juanita se plantea, se pone en contra de sí misma, pues se considera inferior a las burguesas y sin derecho a adoptar sus comportamientos sociales; por tanto, con táctica maquiavélica, se propone jugar a lo mismo que sus paisanos: engañarlos con apariencias de falsa humildad para conseguir lo que no le dejarán tener a las bravas.

Es propio del realismo el intento de armonía de las fuerzas sociales con las políticas y religiosas o su convivencia pacífica, y también lo es este cálculo de Juanita (porque sabe, tan bien como el autor, que su fin es as-

cender de clase), bien meditado y ejecutado, pero discordante con el esbozo inicial del personaje, idealizado y hasta melodramático. En congruencia con éstos, Juanita debería haber arrostrado los peligros de su elección, por contraria a la opinión pública que fuera, y así podría haber exclamado justificadamente: «¿Por qué no podía ella, por sí misma y libre, hacerse respetar?» (XLI).

El desenlace demuestra que lo consigue gracias al disimulo de su verdadero carácter y de sus intenciones que, si bien son típicos de heroína realista, no lo son de la folletinesca que Valera quiere mostrar también: pobre (por eso acepta regalos caros), pero no mucho; desclasada por su oscuro nacimiento; preferida por sus cualidades por un hombre de buenas intenciones y solicitada por otros con menos buenas; caritativa; arruinada por salvar a Antoñuelo, rayando esto en el esperpento, pues promete venderse para pagar al prestamista. El trabajo de las mujeres apenas da para vivir pobremente: Juanita podría ir vestida como una reina y despertar envidia, pero ya lo hizo y sólo despertó odio; lo hará legalmente, como esposa de un hombre rico, aspiración poco romántica, ciertamente.

Otro rasgo que discrepa del realismo[18], es la serie de casualidades de la novela, algunas anecdóticas[19]: doña Inés abomina de Juanita por igualarse con la clase alta, pero empieza a apreciarla por sus dotes de modista y porque le sirve de oyente fiel y silenciosa; don Paco siempre está pendiente de Juanita, pero en casa de doña Inés que tiene más facilidad, no le hace tanto caso, para que don Andrés la persiga y propicie los celos de don Paco. Así puede también apreciarse la guerra de sexos, en la que los hombres juegan con ventaja, la índole moral de Juanita y las características de su amor. Son casualidades y no fatalidades porque el final no es trágico, pero tienen bastante de románticas: don Paco sufre la melancolía de los héroes desgraciados (que

---

[18] Frank Durand ha dicho que el realismo de Valera, como el de Alarcón, es muy tenue, «La ironía narrativa de Valera» en Francisco Rico, *Historia crítica de la literatura española*, V. V, 1982, Barcelona, Crítica, p. 438. Las descripciones costumbristas de las fiestas cordobesas y detalles como el de los cheques al portador, que él había visto en el extranjero, es lo más realista de esta novela.

[19] Don Paco y Juanita se tropiezan sin verse dándose un buen empellón, para dar pie al coloquio. Serafina, que era una cotilla enorme, no nota que don Andrés persiga a Juanita, pero sí lo hace don Álvaro, lo que la priva del *privilegio*.

lo embellecen como a éstos[20]) y su tratamiento es ponderativo, elevándolo por encima del cacique, por sus intenciones hacia Juanita[21].

Además de su poco realismo, romanticismo y folletín, la novela tiene otros ingredientes, como el suspense del encuentro de don Paco con los bandidos, el homenaje caballeresco de don Paco, que decide desterrarse para ir en busca de fortuna, pero da vueltas en torno a Villalegre, hasta encontrar un motivo para volver sin sonrojo (castigar un delito). Esto le vale el juramento solemne ante su reina, que premia con «un listoncillo de seda azul» de su camisa, proclamándolo «caballero y gran cruz de los celos disipados»[22].

Hay también algo del enredo de la comedia clásica: tras esconderse doña Inés en un retrete, crece su estimación hacia Juanita, la restablece en el orden.

Respecto a la coherencia del relato, Juanita rehúsa casarse con don Paco porque no lo quiere aún, pero en el mismo capítulo decide escarmentar a doña Inés. No puede ser sólo por venganza sin obtener nada, pues es difícil llevarla a cabo sin objetivo tanto tiempo (más de un año, dice el narrador). Valera necesita este intervalo para que Juanita se enamore de don Paco. ¿Por qué no quiere al cacique –si el narrador aprueba cierta ambición en Juanita–, más joven, más culto y más rico que don Paco? Puesto que ninguno la quiere bien al principio –ni don Paco– en una guerra de sexos en la que ella se sabe la víctima para cualquier hombre de mejor posición, la verdadera venganza hubiera consistido en hacerse querer y respetar por el cacique y casarse con él, privando a doña Inés de su enamorado (platónico, como dice Valera con sorna) y burlando a don Paco, que tiene una flagrante y fatal indecisión en los momentos clave, por muchas aventuras que le mande correr el narrador. ¿Por qué no se casa con don Paco cuando se lo pide, lo más lógico, dada

---

[20] Pero don Paco es un personaje débil e irrelevante comparado con Juanita, lo que ocurre con otros protagonistas masculinos de otras novelas del autor.

[21] En cambio, don Andrés es un héroe muy realista: confiesa sus orígenes humildes y sus intenciones de amancebarse con Juanita y eso es más verosímil que el amor incondicional de don paco. Sus intereses son prosaicos y rastreros, frente a los de don Paco, tan poéticos: «me trata como a una santa», dice Juanita, mientras don Andrés «no era inclinado a creer en la virtud de las mujeres», *Juanita la Larga*, XXXVIII.

[22] *Juanita la Larga*, XXXIV. La educación de Juanita no es muy completa. No podía saber cómo debe actuar una dama de aquéllas, sólo ha leído romances, no novelas de caballerías.

su intención de venganza? Por dos razones: Valera se queda sin intriga, lo que es muy grave, y porque se queda sin tesis (que él pretende obviar): la conquista de mujeres muy jóvenes por galanes maduros, y no una seducción fugaz, sino algo más serio, el amor y el matrimonio.

> La mayor parte de las novelas de Valera son de amores. Por serlo, los personajes que más destacan son siempre las mujeres. Su estudio fue siempre ocupación y delicia de Valera, y eligió siempre seres enérgicos y voluntarios, que conocen la vida, aunque sean muy jóvenes, lo suficiente para saber cómo conducirse en ella sin ayuda y se trazan en ella, por deseo de perfección, una senda difícil, de la que se desvían sólo si se lo impone su naturaleza, que le depara más altos destinos[23].

Otra razón que requiere trato aparte es el alegato contra el naturalismo. Valera abominó de las tesis, y más de las naturalistas, que retrataban lo abyecto y manipulaban a los personajes. Él lo hace con fines opuestos: Juanita es hija de un militar y, al enterarse de que don Paco se casa con otra, «la sangre del valiente oficial de caballería que circulaba por sus venas se alborotaba toda». Los personajes naturalistas son víctimas de la influencia de la herencia o del ambiente, y van siendo arrastrados inexorablemente hacia su ruina[24]. Juanita no se deja influir por la herencia y controla el ambiente, remontando los malos momentos gracias a su astucia y valor, convenientes actitudes y acciones osadas. Su orgullo y el optimismo de Valera la inducen a vindicar sus derechos.

> ¿Qué segundo pecado original es el mío que no hay bautismo que lo lave? ¿Qué mancha indeleble ha caído sobre mí que no hay nada que la limpie? ¿Qué vicio innato hay en mi sangre que yo no puedo purificarla? ¿Por qué se supone tal mi flaqueza que necesito yo refugiarme en un convento para resistir las seducciones y los peligros del mundo?[25]

---

[23] José Fernández Montesinos, 1957, pp. 206-207.

[24] El autor francés Émile Zola tuvo mucha influencia en los escritores españoles de esta época. En su novela *L'Assommoir*, la heroína, Gervaise Macquart, cuyos antecedentes alcohólicos y el ambiente inmoral que reina a su alrededor la conducen a su destrucción, aparece también aniquilada, pasando antes por todas las humillaciones que cabe imaginar.

[25] *Juanita la Larga*, XLIII. Estilo retórico, donde los haya, impropio de quien no ha ido a la escuela y sólo sabe leer y las cuatro reglas. El estilo de Valera es redundante, si bien elegante y rayano en la perfección, pero repite las cosas varias veces, algo así como la característica que Galdós atribuye a Pez en *La de Bringas*, para burlarse y hacerlo antipático.

Esto sería congruente si Juanita fuera un personaje naturalista, pues condiciones de pobreza y marginación no le faltan. «Me hubiera ido a Madrid, a Barcelona, quién sabe si a París, donde se entiende lo que es hermoso y elegante, y se paga bien lo que se pone a la venta»[26]. Sin embargo, supera estas condiciones y transforma su destino, en una novela que, a pesar de sus defectos o a causa de ellos, rebosa fuerza y lozanía.

III.– PERSONAJES FEMENINOS SECUNDARIOS

DOÑA INÉS

Es un personaje fascinante, muy andaluz, muy adecuado al ambiente de la obra y muy típico de Valera. Su físico no se describe (sólo se dice que aún estaba guapa), pero sí su carácter, en trazos de extrema singularidad: viste como nadie, tiene animales exóticos, come lo mejor, es ilustrada, y todo lo suyo es excepcional, excepto su padre y, sobre todo, su marido. Es piadosa y humilde a la voluntad de Dios y lo sufre todo sin quejarse; por eso se aprovecha esclavizando a los demás, parece indicar el autor.

Valera extrema más en doña Inés la dicotomía de rasgos positivos y negativos, contrastes que perfilan hábilmente al personaje. «Doña Inés es un tipo sometido a un proceso de idealización y desidealización. El procedimiento le da a la prosa un encanto peculiar y una penetración agudísima. Valera ha colocado las virtudes en el plano de las concepciones teóricas, mientras que ha situado los defectos en el plano de las realidades prácticas»[27]. Doña Inés lee mucho (Historia y Teología), pero resulta ser menos instruida e inteligente[28] que Juanita, porque ésta tiene un ingenio natural no aprendido, aunque no es el único rasgo por el que se opone a Juanita: la clase baja es moralmente más presentable, parece denunciar Valera.

Al autor le interesa más, y lo repite en todas sus obras, el antagonismo entre hombres y mujeres susceptibles de armonizar en el trato, sobre todo en

---

[26] *Juanita la Larga*, XLIII. Es decir, su belleza y discreción no le hubieran valido sino para ser prostituta, aunque cara. Esta afirmación da más valor al *sacrificio* que hace don Paco al casarse con ella, ascendiéndola de clase social.

[27] Matías Montes Huidobro, 1971, p. 104.

[28] Valera se ríe, a través de doña Inés, de las mujeres que presumen de sabihondas sin serlo: «Si por algo se dolía de haber nacido mujer, era por no poder transformarse en predicador o en catedrático», *Juanita la Larga*, XXIII.

el amoroso, donde la mujer no debe abandonar su papel tradicional. Doña Inés no es contemplada en el aspecto amoroso porque ya está casada y su supuesta relación con don Andrés se trata con las precauciones debidas a la clase a que pertenece (con la ironía correspondiente), pero supera a todos los hombres de la novela (opina sobre lo humano y lo divino acertadamente, un rasgo que no contribuye a hacerla simpática.

Su marido es el caballero más ilustre del pueblo, pero es innoble, disoluto, jugador y mujeriego; ambos forman el típico matrimonio de conveniencia (opuesto al que formarán Juanita y don Paco). Doña Inés pare muchos hijos porque Dios quiere, pero los tiene al cuidado de las criadas «en el extremo opuesto de la casa» (XVIII), para que no la molesten ni la distraigan de sus lecturas, meditaciones o coloquios con personas de fuste (don Anselmo y don Andrés). Se ocupa de la moral ajena, mientras que mantiene al cura ciego a sus defectos y a su asunto con don Andrés, al que se alude repetidamente. Usa la religión para lo que le conviene, con la misma hipocresía y doble moral que muchos personajes de novela realista, reflejando la actitud que Valera había observado en personas de la clase alta, y que él compartía, hecho que no se presenta con asombro ni escándalo, como en otros autores contemporáneos (Alarcón, Pardo Bazán y, sobre todo, Pereda). Andando el relato, se ve que doña Inés es vana, egoísta, dogmática, agresiva, dominante, hipócrita, irracional, mentirosa, pueblerina, noble de primera generación por matrimonio, con prejuicios y con mentalidad cursi, aunque reflejado con el salero incomparable del autor.

Valera no aprueba a la burguesía enriquecida, por haber usurpado el antiguo papel de la aristocracia. Doña Inés despliega un lujo impropio del lugar y no tiene amigas porque no están a su altura. Encuentra ordinario a su padre por su llaneza, pero conferencia con su criada sobre cotilleos de sus paisanos. La ironía marca sus relaciones con el cacique, las reprimendas a su padre, su intervención en los asuntos privados de cada familia y las excentricidades y calaveradas de su augusto consorte. Pero en Valera nada es lo que parece, y el propio autor se ve desbordado por su personaje.

A pesar de ser la única representación de las damas ilustres del pueblo, no es el modelo que el autor ha expresado en otro lugar:

> La mujer que es una buena madre de familia, a quien veneran y bendicen los criados; que despunta por hacendosa y casera, si es pobre o vive en la medianía, y que, si goza de muchos bienes de fortuna, sabe gastar con acierto, haciendo brillar su opulencia con su buen

> tono, primor, aseo y elegancia exquisita y logrando que se la perdone por su amable trato, su benigna condición y su caridad para con los menesterosos y desvalidos, me interesa y agrada mil veces más que una académica, por sabia que sea[29],

sino una mujer que concede más importancia a las apariencias que a la realidad y a la vida misma y personificación de la totalidad del sentir de Villalegre, cuyos habitantes son sumisos a ella. A pesar de su preponderancia, este personaje nunca logra situarse por encima de otros.

Quizás Valera quiso hacer a doña Inés tan profunda y polifacética como otros personajes de novela realista española (doña Perfecta, de la novela homónima de Galdós; doña Paula, *La Regenta*, de Clarín) y encuentra el tipo menos logrado[30]. Tras la presentación de doña Inés, su acción se supedita al personaje de Juanita: explica los peligros que se ciernen sobre ella y se quedará soltera (es pobre) o se casará con un patán; lo primero es malo porque será blanco de envidias y presa fácil de hombres groseros; lo segundo es peor, porque, infravalorada, sufriría las penas de la pobreza y las torturas del odio por el comportamiento de un marido vicioso y miserable[31]. Justifica así su desprecio por el nacimiento ilegítimo y la posición social inferior y se opone a la boda para salvaguardar la jerarquía social existente y realizar sus planes económicos.

Estas especulaciones mezquinas e intransigentes, catárticas o no, impiden el cambio social y niegan las posibilidades de realización de los sueños de Juanita, pues la causa subyacente de la actitud destructiva hacia Juanita obedece a la crisis psicológica de doña Inés y su incapacidad para enfrentarse con su propia debilidad y con sus propios defectos (es más interesante la proyección en Juanita de los problemas conyugales de doña

---

[29] Juan Valera, «Las mujeres y las academias», *Obras Completas*, V. II, Madrid, Aguilar, 1964, p. 861.

[30] Manuel Azaña, 1971, p. 231, dice que Inés podría ser Pepita Jiménez ya madura y desengañada. Nosotros discrepamos modestamente: Pepita nunca fue tan despótica, ni tuvo la misma voluntad de dominio sobre cuantos la rodearon, y, lo más importante, Valera jamás la hubiera despojado de esa poesía interior implícita a toda protagonista femenina suya.

[31] *Juanita la Larga*, XXIV. Esto se puede aplicar a las relaciones de doña Inés con su marido, por lo que este monólogo se puede interpretar como evidencia de que doña Inés conoce su dificultad matrimonial principal.

Inés). Es incomprensible su rápida aceptación del desenlace (superioridad de Juanita, necesidad de premio final, aprobación del nuevo orden social), en vez de rebelarse, pues ella manda en todos los villalegrinos y este asunto le concierne más que ninguno. Sin embargo, es testigo mudo y hasta ausente en el final feliz, pues forma parte del auditorio que contempla la inversión tácita de valores que presenta esta novela (como muchas obras del Siglo de Oro); invención reversible, porque el desorden estaba causado por acciones humanas censurables. Corregidas éstas, el orden queda restablecido.

JUANA

Es una mujer laboriosa, que trabaja para ganar su sustento y ahorra (y presta el dinero), hasta el punto de tener casa propia y un pequeño patrimonio. Pero en Villalegre todo depende del favor de la gente, y de ahí las precauciones en el incidente del vestido. Es un personaje funcional: madre y celestina (honesta) de Juanita, su registro coloquial aporta una nota costumbrista en la dosis justa, constituyendo su irreflexión e ignorancia el oportuno contraste con la madurez y discreción de Juanita. Sirve también para incluir con acierto la nómina completa de productos de matanza y dulces cordobeses, «una base de costumbrismo, producto, más que de observación deliberada, de afluencia de recuerdos personales; lo pintoresco andaluz, que colorea la estofa de la narración...»[32]. Valera dejó en sus obras cosas propias, y aquí revela su condición de *gourmet*[33].

El personaje está elaborado con cierto cuidado en el tercer capítulo, un vasto cuadro de sus habilidades y de su situación social. Más tarde hay una descripción física muy audaz por parte del autor («a pesar de sus cuarenta y cinco años y de los muchos trabajos y disgustos que había pasado en esta vida, apenas tenía canas, y estaba ágil y esbelta, aunque de pocas, de bien puestas, frescas, apretadas y al parecer jugosas carnes»[34]). Como personaje

---

[32] Manuel Azaña, 1971, p. 206.

[33] «Gustóle a Valera comer bien, revelándolo elocuentemente en la detención y complacencia con toda suerte de alimentos y golosinas nacionales y extranjeras y al relamerse cuando trata de las habilidades culinarias realizadas en *Juanita la Larga*», Antonio Maura, 1924, p.493.

[34] Ésta es la única descripción de Juana, breve y concisa, pero suficiente: se dice su edad y el estado de su aspecto físico, en lo concerniente a lo externo, lo que se ve, ya que

plebeyo, pudo tener un desliz en su juventud, pero los villalegrinos no lo tienen presente por su integridad posterior. En la acción psicológica, primero aparece muy juiciosa para decidir el porvenir de Juanita (IX) y actúa en consecuencia (invitar al pretendiente para que intimen por la vía legal y así pueda Juanita ascender socialmente; esmerarse en la confección de las camisas, corresponder a sus atenciones en la medida de sus posibilidades); luego está mediatizada por el criterio de Juanita, más versada que ella en todo, pese a su juventud e inexperiencia, y muestra una débil oposición a sus sensatas razones, ratificando sus planes. Así, Juana colabora al engrandecimiento de la protagonista.

Después, resulta algo ausente en la acción, definida por medio del narrador. Sus razonamientos de madre son válidos, pero incongruentes: primero está a favor de la venganza de Juanita, incitándola; luego se muestra más prudente porque comprueba que el cuento de hadas está funcionando y Juanita está acusando la transformación esperada. No impone su autoridad de adulta, sino que Juanita manda en la casa y dicta las normas. Suya es la idea de regalarle una levita a don Paco, y Juana consiente sin rechistar[35]. Además, Juana se resigna pronto cuando Juanita se niega a casarse «por cálculo», se abstiene de aconsejarle la conveniencia de aceptar y no interviene en la trama de venganza, sino que la secunda sin objetar nada, apoyando con sus asertos a Juanita.

La característica más decisiva de Juana es mantener la apariencia de lo verdadero mediante lo engañoso, que madre e hija llevan a efecto para conseguir sus fines (cambiar la mentira por la verdad, el origen plebeyo por el preclaro, lo ilegítimo por lo legítimo). La palabra clave *disimular* aparece reiteradamente en el texto. También tiene la función de mostrar el lenguaje coloquial, que aporta a la novela amenidad e innovación, una de las razones por las que no ha envejecido como otras de su época.

---

se contempla como presunta novia de don Paco. Nótese lo atrevido de la descripción y el significado y la función de los adjetivos que se emplean. Valera no se permite esa *insolencia* con doña Inés.

[35] Juana equivale a Antoñona, la criada de Pepita Jiménez, no sólo por las características de ambas, sino por el tratamiento y la presencia en la novela.

CRIADAS

Las criadas Serafina y Crispina son una prolongación ciega de la voluntad de doña Inés, aunque en contadas ocasiones (su papel es mínimo) toman decisiones que favorecen sus intereses personales. Crispina tiene su paralelo en Longino (criado de don Andrés que hace de recadero), pero ella recibe, por ser mujer, el calificativo de *chismosa*. Serafina atiende a los niños, anuncia las visitas, es la encargada de las diversiones (canta, baila, recita)[36] y tiene a su cargo el cotilleo, si bien de modo creativo: se inventa cosas, implica a terceras personas que nada tienen que ver y cuenta lo que le conviene para sus fines (el narrador la llama *burlona* y *maliciosa*), además de entretener los ratos perdidos del señor de la casa, según el boticario, pasando luego al poder de Calvete; sin ella no habría tenido lugar el equívoco entre Juanita, don Andrés y doña Inés. Rafaela, criada de Juana, sólo será una celestina. Y doña Agustina es una referencia y una excusa para la ironía de Valera (en su apellido: Solís y Montes Allende el Agua) que despliega por toda la novela.

IV.– CONCLUSIÓN

Juanita la Larga agrupa elementos de las tres tendencias (folletín, romanticismo, realismo) que coinciden en el último tercio del siglo XIX.

El carácter de los personajes está montado sobre verdades y posibilidades: no es oro todo lo que reluce, por usar la técnica refranera de Valera en esta novela, y, como las personas, los seres novelescos reúnen cosas buenas y malas y tienen virtudes que los honran, empañadas con defectos que ponen en duda lo dicho. Las hipérboles usadas para describir a los personajes (un ejemplo entre mil: doña Inés es el «sol en el meridiano»)

---

[36] «Todavía en las casas aristocráticas de los lugares suele haber uno como bufón o gracioso, que recuerda, si bien por lo rústico,, al lacayo de nuestras antiguas comedias. Este gracioso posee mil habilidades: caza zorzales con silbato y percha y jilgueros con liga o red, y pesca anguilas metiéndose en los charcos y arroyos y cogiéndolas con la mano. Alguno de éstos suele tener un poco de poeta: da los días a la señora en décimas y compone coplas en su elogio, y sátiras contra los rivales o contrarios de sus amos. Acompaña también y entretiene a los niños, y sabe una multitud de cuentos, que relata con animación y mucha mímica. La criada del lugar no deja de saber también muchos cuentos y los cuenta con gracia. Los sabe de asombros, de encantos y de amores; y todos éstos son serios. Para lo cómico y jocoso atesora una infinidad de chascarrillos picantes», Juan Valera, «La Cordobesa», 1961, p. 189.

se oponen a rasgos negativos que menguan esa buena impresión, en una contradicción planeada por Valera deliberadamente. Y lo hace con todos los personajes, excepto con Juanita y don Paco: desmiente las tan cacareadas virtudes mediante una apropiada selección de datos contrapuestos, método que funciona perfectamente sin interrumpir nunca la fluidez y naturalidad de su prosa.

El uso de abundantes referencias literarias aporta densidad y hondura a la obra, engrandeciendo a los personajes. Además, la ironía constante de Valera desmerece a otros, (antipáticos o contrapunto de los personajes *buenos*) y confiere a la obra ese tono de sorna suave, característico de Valera, junto a una gran comicidad en ciertas ocasiones.

Es conocido el interés de Valera hacia la mujer, y algunas de sus novelas llevan como título un nombre de mujer. Por eso la mujer fue su tipo literario predilecto: la mujer refinada, culta, elegante de cuerpo y de espíritu, a veces docta, o con inteligencia natural; la mujer que aspira a la perfección de su vida y a la de sus allegados, que ella pretender modelar según su ideal: muchas mujeres de Valera son educadoras. Él eligió para la protagonista de esta novela a una persona fuerte y tenaz que, aunque joven, conoce la vida y se traza un camino espinoso para probar sus fuerzas y que sus logros tengan más mérito. También es frecuente y cobra singular importancia el hecho de que las mujeres se instituyan en redentoras del hombre. Así, doña Inés lo intenta sin éxito con su padre y con su marido, mientras que Juanita rescata a don Paco de su intento de exilio, del desamor al que le ha condenado su hija, o de una boda por conveniencia; a Antoñuelo, del deshonor y de la cárcel; a don Andrés, de la infamia que pensaba cometer contra los demás personajes.

La técnica de presentación de las situaciones novelescas es muy convencional y metódica (muy propia de Valera), que esconde una humildad literaria para hacerse más funcional: la entrada de Juanita en la iglesia está muy planificada (colores chillones, objetos de dudoso gusto, entrada triunfal), contrastando con la salida (tonos oscuros y opacos, triunfo del clero, lágrimas de Juanita), y la escena queda estructurada con gran acierto en su perspectiva total.

La base de la trama está en el embuste dosificado para llegar a la verdad: las Juanas son reposteras, lo que implica una manipulación de alimentos y personas, si llega el caso; don Paco encarga camisas con otra intención, que ellas captan al instante; los tres juegan al galanteo y, cuando el pueblo pone

el grito en el cielo, recurren al disimulo para la venganza y la boda; don Andrés tiene una relación equívoca con doña Inés (y ésta con don Anselmo) y con Juanita, cosa que don Paco interpreta erróneamente, de ahí su huida; la artimaña final de Juanita hacia don Andrés deriva en el final feliz. Esto obedece al intento de demostrar en una suave parodia la superioridad del personaje de baja cuna (ilegítimo e hipócrita), por su inteligencia, sobre los encumbrados. La agudeza de Juanita marca el camino: aparenta someterse a don Paco, disipa sus dudas y paga la angustia sufrida, pero con un propósito oculto, someter ella a don Paco, *pescarlo*, y reducir al impuro (don Andrés) con métodos poco dialécticos y ejemplarizantes.

El dinero tiene una presencia constante, con sumas especificadas, por ejemplo, las que todo el mundo aporta a Juanita, de forma gratuita e injustificada: don Andrés –amante despreciado– le da dieciséis mil reales; don Ramón –un usurero– le perdona los diez mil de la deuda de Antoñuelo; don Anselmo –un religioso– encarga un vestido de seda a Madrid, asunto más mundano no hay; y el maestro –personaje desposeído secularmente–, unos libros que entonces eran joyas del buen gusto.

Se ha dicho que todos los personajes hablan como el autor[37], pero más bien predomina la ausencia de rasgos caracterizadores que individualicen a cada personaje. A pesar de la gracia de Valera, de las referencias específicas a las costumbres cordobesas, del pintoresquismo costumbrista, hay una uniformidad monótona (debida a una mentalidad invariable) y cierta carencia de imaginación que hace a los personajes muy parecidos.

El humor tiene una presencia notable. Valera alterna los momentos graves con los jocosos: tras el sermón, las hijas del escribano y su novio son sometidos a un proceso de deformación por parte de Juana («lombriz de caño, gusarapo, tomate con patas, rebuzna en latín») y aparece don Paco «con una pelota colorada en los brazos». Es la escena de la «cogida», uno de los mejores momentos de la obra, que decae a partir de ahí, hasta las últimas páginas.

---

[37] «Todas las figuras hablan y piensan lo mismo, como que n«o son otra cosa que manifestaciones distintas de la personalidad del señor Valera», Manuel de la Revilla, «Bocetos literarios: don Juan Valera», *Obras. La Ilustración Española y Americana*, 1883, p. 53.

Por último, la novela poetiza las posibilidades del ser humano de materializar sus empeños y mantiene el interés del lector hasta el último momento. Se otorga un valor primordial al erotismo (recuérdese lo del corsé), elemento siempre presente en la obra de Valera, que aporta a esta novela modernidad y frescura indudables.

BIBLIOGRAFÍA

AZAÑA, Manuel, *Ensayos sobre Valera*, Madrid, Alianza, 1971.

BRAVO VILLASANTE, Carmen, *Biografía de don Juan Valera*, Barcelona, Aedos, 1953.

DURAND, Frank, «La ironía narrativa de Valera», en Francisco Rico, *Historia crítica de la literatura española*, v. V, Barcelona, Crítica, 1982.

FERNÁNDEZ MONTESINOS, José, *Valera o la ficción libre*, Madrid, Castalia, 1957.

MAURA, Antonio, «Centenario de Valera», *Boletín de la Real Academia Española*, Año XI, 1924.

MONTES HUIDOBRO, Matías, «Sobre Valera: el estilo», *Revista de Occidente*, 104, 1971, pp. 168–192.

PALACIO VALDÉS, Armando, *Semblanzas literarias. Obras Completas*, V. XVIII, Madrid, Edición Fax, 1947.

REVILLA, Manuel de la, «Bocetos literarios. Don Juan Valera», *Obras, La Ilustración Española y Americana*, 21, 1883, pp. 50–63.

RICO, Francisco, *Historia de la literatura*, v. V, Barcelona, Crítica, 1982.

ROMERO TOBAR, Leonardo, *Correspondencia de Juan Valera*, V. I, II y III (2000–2004), Madrid, Castalia.

RUBIO CREMADES, Enrique, *Juan Valera*, Madrid, Taurus, 1990.

TRIMBLE, Robert G., *Juan Valera y sus novelas*, Madrid, Pliegos, 1998.

VALERA, Juan, *Juanita la Larga*, publicada por primera vez por entregas en el periódico *El Imparcial*, entre el 14 de octubre y el 30 de noviembre de 1895.

————, *Juanita la Larga, Juanita la Larga*, primera edición como obra independiente, Madrid, Fernando Fe, 1897.

————, *Juanita la Larga*, Madrid, Espasa Calpe, Biblioteca Nueva, 1929.

————, *Juanita la Larga*, Buenos Aires, Emecé, 1946.

————, *Juanita la Larga*, en *Las mejores novelas contemporáneas*, Barcelona, Planeta, 1957.

————, *Juanita la Larga, Obras Completas de Juan Valera*, v. I, Madrid, Aguilar, 1961.

————, *Juanita la Larga*, prólogo de Paulino Garagorri, Barcelona, Salvat, 1982.

————, *Juanita la Larga*, prólogo de Francisco Caudet, Madrid, Alianza, 1982.

————, *Juanita la Larga*, edición de Enrique Rubio Cremades, Madrid, Castalia, 1985.

————, *Juanita la Larga*, edición de Marta González Megía, Madrid, Akal (en prensa).

————, «La cordobesa», *Obras Completas*, XLV, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 210–226.

————, «Las mujeres y las academias», *Obras Completas*, II, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 856–868.

VALIS, Noël M., «El uso del engaño en *Juanita la Larga* de Valera», *Hispanic Review*, XLIX, 1981, pp. 317–327.